

fraile de San Francisco abriendo, al ruido causado por los combatientes, el postiguillo de la puerta:

—¡No matarás!—le dijo impidiéndole la acción.

Con tan inesperado auxilio, Peralmíndez, cuya espada se había roto, se levantó del suelo y dió á correr con toda velocidad.

En vano D. Alvaro quiso seguirle, porque el fraile le detuvo, lo cual le hizo exclamar:

—Padre, jamás habréis hecho en vuestra vida obra de misericordia que más que esta aproveche al diablo!

#### LIBRO IV

### FRAY MARTIN DE VALENCIA



Capítulo I

Los perros de Peralmíndez

**P**RÓXIMO al convento nuevo de San Francisco, y en solar malamente habido por Chirinos, se levantaba en aquel tiempo un raquítico casucho con techo de paja y paredes de adobe ordinario, de la misma clase del que formaba las tapias que le cercaban.

Era aquello una especie de inmundo corral, punto ménos que abandonado.

En el casucho ó jacal, cuyo frente estaba enteramente abierto, estaban clavados unos gruesos postes de vigas, cada uno de ellos abrazado por un grueso cincho de hierro en que estaban sólidamente remachadas unas fuertes argollas.

A estas argollas se unía en cada uno de los postes, que pasaban de cinco, unas largas cadenas, á cuyo extremo se sujetaban, de ordinario, unos magníficos mastines de piel leonada oscura.

Aquellos terribles perros de presa habían sido traídos á la Nueva España por encargo de Peralmíndez.

Un pariente suyo, residente en Extremadura, dueño de magníficos ganados, habiáselos vendido, no sin algún pesar, pues educados especialmente para el caso, ni lobo ni oso alguno de los montes que se alzaban en la provincia, habíase acercado jamás á los rebaños sin que cualquiera de los cinco mastines hubiese hecho presa en la fiera.

Pero Chirinos pagaba bien y al contado, y su pariente vendió los perros, pues se los compraba á peso de oro.

La dilatada navegación de aquellos días no dejó de perjudicar mucho el brio natural de los animales, y sin tenerlo en cuenta, Peralmíndez se irritó contra su pariente, dando por hecho que, valido de la gran distancia que á las dos Españas separaba, le había vilmente engañado.

Pero la raza era buena y como el mastín es muy inteligente y se le educa sin dificultad, Chirinos se propuso enseñar á los cinco suyos y hacer de ellos unos buenos perros de presa.

Los perros de presa eran entonces muy apreciados en todo el Nuevo Mundo.

El rencor con que todo pueblo sojuzgado por la fuerza de las armas, vé á sus conquistadores, fué grande en México.

Los mexicanos habían perdido su soberanía nacional. El jefe de su antiguo imperio fué sustituido por el rey de España.

Este ejercía su autoridad por conducto de sus delegados.

De los abusos de autoridad de éstos no había modo

fácil de quejarse á reyes que jamás habrían de visitar sus dilatados dominios.

Esto, en pueblos como el mexicano, acostumbrado á venerar á sus reyes casi como á sus dioses, no puede ser visto sino como un afrentoso desprecio y aumentar el odio del conquistado.

Este odio no le ocultaron los mexicanos, ya luchando en defensa de su patria y de sus reyes con toda la heroicidad que demostraron en el sitio de la capital, ya intentando por mil medios estorbar el dominio de sus vencedores.

Cuando la disgregación de las partes componentes del vasto imperio de Anáhuac, hizo casi imposible una acción compacta y uniforme para reconquistar la perdida autonomía, todos los pueblos, aun aquéllos que más habían combatido la tiránica centralización de Moctezuma, emplearon una nueva y poderosa fuerza de resistencia.

La resistencia pasiva.

No obedecían á sus conquistadores sino en aquello á que se les obligaba por medios coercitivos.

Sólo había espontaneidad para el sacrificio.

La avaricia de los soldados no pudo por ménos de irritarse contra esta pasiva resistencia.

De aquí se originó el cruel tratamiento que se impuso á las razas vencidas.

No había que esperar que los indios se aviniesen á trabajar en la prosperidad de sus vencedores, por su propia voluntad y en cambio de un mísero jornal.

Exigírselo era pretender que de buen grado contribuyesen por sí mismos á su propio despojo.

Se recurrió entonces al sistema de los repartimientos y encomiendas.

A cada colono ó conquistador se le asignaron cierto número de naturales, á quienes debía instruir y mantener, en cambio del servicio personal que debían prestar al encomendero.

Fué aquello una mal disfrazada esclavitud.

Algunos, y no pocos, llevaron su atroz crueldad al extremo de marcar á sus indios en la frente, con un hierro semejante al empleado para marcar las reses.

Entónces comenzaron los indios á huir á los montes y ocultarse en las asperezas de sus bosques vírgenes.

Una vez entrado en ellos el indio, podía juzgarse libre.

Sólo ellos conocían sus ignorados senderos y sus inabordable grutas.

Si algún español se atrevía á seguirlos en aquellas salvajes espesuras, su muerte era casi segura.

El fugitivo le disparaba una de sus flechas, y herido ó muerto abandonaba su cuerpo á la voracidad de las fieras.

Pero aunque el indio no le lanzase sus flechas, no por eso la muerte del perseguidor era ménos segura.

Atraído por el artificio del fugitivo lograba éste inter-narrarlos en el monte, y teniéndole ya en el corazón de él, desaparecía dejándole perdido.

Inútilmente el mísero trataba de salir del bosque.

Cada paso que daba hacia más y más intrincado aquél terrible laberinto.

Nadie escuchaba sus voces que se perdían en aquellas vastas soledades.

Algunos días bastaban para que el hambre y la desesperación borrasen su nombre del catálogo de los vivos.

Como fueron muchos los casos de esta especie que se

dieron, los encomenderos buscaron un recurso para domeñar al astuto indio, y la casualidad se le deparó.

Unos mastines llevados de España para la guarda de los ganados que se transportaron á las islas, dieron en asustarse de los indios y en ladrarles con positivo furor.

Molestos los naturales con los ladridos de los perros, arrojábanles donde los hallaban certeras pedradas para obligarlos á callar.

Pero los mastines se enfurecieron, é irritados por el dolor de las pedradas, cobraron á los indios extraordinario aborrecimiento.

Poco tiempo después bastaba azuzar á uno de aquellos perros para que se lanzase como una fiera sobre cualquier indio.

Desde entonces los encomenderos cazaban á los indios fugitivos por medio de los perros de presa.

La horrible costumbre se generalizó en las islas y de ellas pasó á toda la América.

La ferocidad de los perros llegó á tal grado que era necesario tenerlos amarrados constantemente con gruesas cadenas para impedir que se arrojasen sobre los naturales.

Peralmíndez fué uno de los hombres que más maltrató á los pobres indios de los repartimientos que, como ya dijimos, dió Cortés á los oficiales reales, por tal de tener los menos enemigos.

A él, pues, se le huía más que á otro alguno encomendero.

Para evitarlo ó perseguirlos mandó traer de España los consabidos perros.

Grande fué su disgusto cuando vió que aquellos animales, acostumbrados á luchar con osos y lobos, dando

prueba de mejores instintos que los de su dueño, se negaban á lanzarse sobre los indios.

Cuanto hizo para enseñarlos á ello, fué punto menos que inútil.

Puso entónces á los cinco perros en el corral que hace poco hemos descrito, los amarró á los postes y casi los privó de comida.

Al mismo tiempo obligó á partidas de los indios de su repartimiento á que fueran al corral y azuzasen y maltratasen á los animales estando amarrados.

Algo logró con esto, pues los mastines se enfurecian apenas acertaban á ver á alguno de los indios azuzadores, pero cualquier otro indio que de ellos no fuese, nada tenía que temer.

Los perros ningún daño les hacían.

Persistió, no obstante, Chirinos, en su propósito y dispuso disminuirles más y más el alimento.

Los perros ladraban día y noche de un modo desesperado y con sus ladridos incomodaban en extremo á los frailes de San Francisco.

De ello se quejó á Peralmindez, Fray Martín de Valencia, pero sus quejas no le dieron más resultado que el saber los perversos fines de Chirinos.

Fray Martín se propuso estorbarlos.

Así se lo exigían sus deberes para con la humanidad y los preceptos caritativos del Evangelio.

Meditó para ello su plan, y una vez meditado le puso incontinenti en ejecución.

Todas las noches, Fray Martín, saltaba las tapias del corral de Peralmindez, acompañado de uno ó dos indios y hacía que éstos dieran de comer abundantemente á los perros.

Repetido esto todas las noches durante una larga temporada, los perros se acostumbraron á ver á los indios como amigos, y en cuanto adivinaban la proximidad de Fray Martín se deshacían en toda clase de fiestas.

El custodio de los franciscanos llegó á tomarles extraordinario cariño.

El día que no los visitaba lo pasaba molesto y contrariado como si algo le faltase.

Por su parte, los perros hacían cuanto á él le ocurría.

Llegó á domesticarlos de tal modo que les enseñó, y ellos aprendieron, á doblar las patas delanteras delante del grande crucifijo de metal dorado que pendía de su rosario.

Los indios lo tomaron á milagro y se lo contaban con admiración los unos á los otros, pero muy en secreto, porque importaba que Peralmindez no lo supiese.

No debemos, quienes tenemos la exacta idea que debemos tener de la religión cristiana, atribuir á milagro cualquier extraordinario suceso sin previo y maduro examen.

Pero aunque no tengamos por tal lo que escrito dejamos, sí debemos admirar la sabiduría de la Divina Providencia, que inspiró á Fray Martín lo que con los perros de Peralmindez hizo.

A su tiempo veremos lo que de ello resultó.

Uno de los más interesantes episodios de esta historia se referirá á los citados perros y al capricho que tuvo Fray Martín de enseñarles á doblar sus manos ante el crucifijo de metal dorado de su rosario.

## Capítulo II

## Tal para cual

**N**adie podía ocultarse que las intrigas fraguadas por Peralmíndez para sobreponerse á sus colegas en el gobierno de la Nueva España, podían conducirle á su prosperidad y elevación tan fácilmente como á una desastrosa ruina.

Nadie tampoco ignoraba sus crueles instintos, la ceguera de sus pasiones y su energía para persistir en sus propósitos.

Y al notar la seguridad con que iba llevando adelante sus planes, sin detenerse ante ningún obstáculo ni importársele cosa alguna de las sátiras de sus enemigos, aun los ménos espertos comprendieron que aquel hombre estaba llamado á triunfar de todo y de todos y á imponer de un modo absoluto su voluntad.

Pocos le amaban y muchos le aborrecían, pero nadie como un tirano tiene tantos aduladores.

Chirinos estaba en camino de serlo y sus aduladores iban por consiguiente en aumento cada día.

Cierto es que su corte estaba formada por los más perversos hombres del reino, pero esto mismo constituía su mayor fuerza.

Todo aquel que había cometido algún despojo ó latrocinio y estaba expuesto á un castigo ó á la persecución, á él acudía en solicitud de amparo contra sus víctimas.

Todo el que meditaba una venganza ó un crimen á él también acudía, y cuantos esto notaban y le veían fodeado de gente tal, principiaban á cobrarle miedo y respeto y procuraban no hacérsele sospechoso y no llamar sobre ellos su atención.

Esto es muy común en las situaciones regidas por gobiernos despóticos.

Los hombres buenos y honrados se retraen á lo más íntimo de sus hogares y con su retraimiento dan más fuerza y poderío al despotismo.

Las abstenciones sólo favorecen á los pícaros y á los malvados.

Si en dichas situaciones obraran de distinto modo los oprimidos, las tiranías serían imposibles.

En ninguna nación, en ninguna época de la historia de ningún país, los verdugos son más numerosos que las víctimas.

Si éstas en vez de someterse aisladas al martirio, se decidiesen á morir en lucha abierta y persistente, el tirano sería vencido.

Pero no es así como las cosas suceden.

Los oprimidos tienen más terror á la espada del soldado que al hacha del verdugo.

No quieren convencerse que la segunda se quiebra con sólo quebrar la primera.

Los moradores de la capital de la Nueva España, al

ver agruparse en torno de Chirinos á la hez de la sociedad, comenzaron á temerle y retraerse, facilitando de este modo su triunfo.

Peralmíndez aprovechó el tiempo, pues todo criminal necesita hacerlo así, y contando con la influencia de Rodrigo de Paz y la cooperación de algunos regidores, hizo pregonar un decreto declarando que Estrada, Albornoz y Zuazo quedaban privados de su empleo de gobernadores.

Pero el éxito no fué tan seguro y completo como habíasele figurado, porque advertidos á tiempo por D. Alvaro el tesorero y el contador, movieron sus influencias y su gente y al tiempo de pregonarse el decreto se promovió un ruidoso tumulto, el pregonero estuvo á punto de morir acuchillado y Estrada y Albornoz, con las espaldas sobre la mesa de trabajo, continuaron despachando.

Salazar y Chirinos ordenaron que se les pusiera presos y el tumulto continuó en la misma sala de cabildo.

Procuró poner término al escándalo el alcalde Francisco Dávila, haciendo uso de autoridad é invocando el nombre de soberano, pero Chirinos, Salazar y Rodrigo de Paz, que acaudillaban la insubordinación, dieron sobre el alcalde, le hirieron y maltrataron, le quitaron la vara, que hicieron pedazos, y le encerraron en la cárcel.

Estrada y Albornoz tuvieron que ocultarse para no sufrir igual suerte, é insolentados con su victoria, el factor y veedor, constituyéndose en tribunal, sentenciaron á muerte al alcalde Dávila, disponiendo que sobre la marcha fuese ahorcado.

Hubiérase cumplido la inicua sentencia, á no haberse dado trazas el alcalde de ponerse en fuga y ocultarse.

El factor y veedor gobernaron de hecho y solos desde

aquel instante, pero lejos de haberse calmado los ánimos, la irritación del pueblo y de la gente honrada creció, y el riesgo para los insolentes promovedores del tumulto fué como nunca grande.

Hicieron entonces buscar al licenciado Zuazo, y cuando en su presencia le tuvieron, le amenazaron con cumplir el mandato del emperador, que disponía, como ya hemos dicho varias veces, su remisión á Cuba.

Zuazo temió que en medio de aquel desorden pudiesen cumplir fácilmente su amenaza, y se comprometió con ellos á poner en prisión á sus amigos el contador y el tesorero.

La prisión tuvo lugar al día siguiente, y aumentado con ella el fatal prestigio de Peralmíndez y puestas en terror las gentes honradas, Estrada y Albornoz se vieron casi abandonados, y por tal de salvar la vida, que tuvieron muy expuesta, se doblegaron al peso de la fuerza y permitieron quedase asentado que desde aquel día no se mezclarían en el gobierno, reconociendo como única válida la provisión de Cortés que encomendaba á Salazar y Chirinos el gobierno mientras su ausencia durase.

Pero á sus planes estorbaba el licenciado Zuazo, investido por el conquistador con la administración de Justicia.

Era necesario quitarle de en medio, máxime cuando por ser el más bien quisto de los cinco gobernadores, el partido contrario á Peralmíndez sólo esperaba una buena coyuntura para deshacer lo hecho y con su ayuda restablecer las cosas en su primitivo estado.

De estorbarlo se encargó Rodrigo de Paz, quien cada vez más alucinado continuó prestando todo su influjo á sus falsos amigos.

Zuazo, como amigo personal que era de D. Hernando, vivía en las mismas casas de Cortés en que habitaba Paz, tenedor de sus bienes.

Con el mayor misterio éste y sus secuaces prepararon todo lo necesario para el caso y sorprendiendo á Zuazo en la cama, le amarraron y entregaron á hombres de su confianza, quienes montándole en un caballo y escoltándole ellos en los suyos le sacaron de la ciudad con orden de conducírle á Medellín y embarcarle para Cuba.

Cuando se supo lo que habian hecho aquellos osados tiranos, la ciudad volvió á alborotarse y el pueblo se dirigió á atacarlos en sus casas, pero ellos apaciguaron á los descontentos, mostrándoles la orden del emperador para que Zuazo fuese embarcado y se le enviara á dar su residencia.

Obtenida con esto una tregua, Salazar y Chirinos pudieron retirarse á descansar tranquilos á la casa de Cortés.

Rodrigo de Paz los alojó en ella como á verdaderos amigos.

Y como en la refriega Paz había salido lastimado, se retiró á sus habitaciones dejando en las suyas al factor y al veedor.

Peralmindez ocupó la misma que había sido de Zuazo.

Gozoso de su triunfo disponíase á meterse en el lecho, cuando dos golpes dados en la puerta del cuarto le obligaron á levantarse á abrir.

Cuando lo hubo hecho así, entró Hernán López diciendo:

—Vive Dios, Señor gobernador, que tan satisfecho estás que crees poderte pasar sin tus amigos.

—Te equivocas, Hernán López; no hace mucho que por tí pregunté y nadie supo darme razón.

—Justo, y por eso te ibas á acostar tranquilamente, sin saber si mi ausencia dependería de mi voluntad ó de algún mal paso del cual no hubiese podido salir.

—Lo último ni siquiera me pasó por las mientes.

—¿Cómo así?

—Te conozco lo bastante para haber temido que en estas miserables refriegas quedaran hombres de tu temple.

—Agradezco la lisonja, pero la verdad es que lo hecho no ha sido cualquier cosa.

—Bien lo sé: antes al contrario mucho hemos ganado, pues con excepción de un golpe que ha obligado á Rodrigo de Paz á retirarse á su habitación...

—¿Golpe nada más?

—Eso dice él.

—Pues ó te engaña ó con el calorcito de la ropa y el entusiasmo del triunfo no siente lo que lleva encima.

—¿Qué quieres decir?

—Que mis espadazos no siempre matan, pero sí causan siempre algo más que un simple golpe.

Peralmindez miró sorprendido á Hernán López, que habiendo desenvainado su espada la reconocía con cuidado y sonriendo.

—No te entiendo, Hernán López, no te entiendo.

—Pues vive Dios que hablo un castellano bastante inteligible.

—¿Acaso has herido á Rodrigo de Paz?

—Yo precisamente, no.

—¿Quién entonces?

—Mi espada.

Peralmindez clavó en Hernán una furibunda mirada.

—¿Tú; ¡Hernán López! ¡mi amigo! ¿has querido matarle?



- Qué, ¿serías capaz de enfadarte?
- No, porque no creo lo que me dices.
- Pues vé ahí, Peralmíndez, que te he dicho la verdad.
- ¿Qué fin te guió para intentar tal felonía?
- Tu interés, Peralmíndez, tu interés y en segunda línea el mío.
- Has obrado mal, Hernán López.
- Gracias por el cumplido; pero, ¿tan malo te ha salido hasta ahora mi plan?
- No por cierto.
- Entonces, ¿por qué desconfías de la segunda parte?
- ¡Hernán!...
- Lo dicho: la segunda parte de mi plan consiste en librarte de Rodrigo de Paz.
- Pero si fuese nuestro leal amigo...
- No lo creas, Peralmíndez; tú no puedes tener más amigo leal que yo.
- Acaso tú, como cualquiera otro ¿no buscas á mi sombra la fortuna?
- ¿A tu sombra?
- A mi sombra, sí.
- Tienes razón, y vé ahí como sin pretenderlo has dicho la verdad. A tu sombra sí, por eso me interesa elevarte lo más alto posible. En cambio todos los demás conspiran contra tí y procuran quitarte tu lugar para ocuparlo ellos, lo cual no puedes temer nunca de mí, pues ni nací para gobernar á nadie ni jamás me ha seducido el mando. Yo he venido aquí como otros tantos á labrar mi fortuna en el más corto plazo posible para volverme con ella á mi casa y mis terruños. Y como el hombre es nada sin otro hombre, me he consagrado á servirte y agradarte porque tú puedes ser y hacer lo

que yo nunca seré ni haré. Tomado mi partido, y mi partido eres tú, sigole con constancia y fidelidad, y poniendo en él todo mi ingenio, trabajo con decisión, y labrando voy mi fortuna en justo y merecido premio. ¿Quieres hombre más franco y explícito que yo? ¿Puedes dudar de mí? ¿Tienes que arrepentirte de haberme tomado á tu servicio?

—Lo que dices, Hernán, vive Dios que es la verdad, y lo es también que te aprecio y estimo en lo que vales. Pero la muerte de Rodrigo de Paz hubiera sido en estos momentos una fatalidad.

—¿Por qué?

—Lo que hemos logrado lo debemos á su influjo y prestigio.

—¿Luego confesas que en la actualidad Rodrigo es la primera persona del reino?

—¡Lo confieso!

—¿Nadie hay que más que él valga?

—Nadie.

—¿Es pues el único á quien pudieras temer?

—El único.

—Y bien, Peralmíndez, sabiendo como yo sabía lo que tan sinceramente has confesado, me ocurrió quitarlo de enmedio, y si lo hubiere conseguido tú serías en la actualidad en estos reinos el personaje de mayor influjo, el que más valiera y el único que á nadie temería.

—Hernán López, bien dijiste antes. Tú eres el único leal amigo con que cuento.

—Al fin lo reconoces, sea enhorabuena. Y pues ya te he dicho cuanto tenía que decirte, vuélvete á la cama y duerme, pero no olvides que Rodrigo de Paz no sabe quien le dió el espadazo que él supone un simple golpe.

—Pobre Paz, me duele que le quieras tan mal.

—¡Como si él te quisiera mejor!

—¿Qué dices?

—Nada; que si él te ha ayudado en esta ocasión, no ha sido por amor á ti, sino por vengarse de los otros por aquello de la prisión.

—Que tú inventaste.

—Sí, que yo inventé; pero mira, Peralmíndez, haz por dormirte, porque tengo mucho sueño y vas á espantarme si continuas hablando.

—Pues qué, ¿vas á dormir vestido y sobre esos almohadones?

Hernán López lo había hecho según lo había dicho y Peralmíndez sólo obtuvo por respuesta un sonoro ronquido de su amigo.

### Capítulo III

#### Voz de lo alto

**E**n tanto que en la capital acontecían los sucesos que hemos tratado de apuntar en los anteriores capítulos, un hombre de voluntad de hierro y de incontrastable energía, procuraba sacar el mayor partido posible de los errores de los delegados de Cortés.

Este hombre era Ixtaolzín.

Sus años, que como sabemos eran muchos, no disminuían ni en lo más mínimo ambas cualidades.

Con extraordinaria facilidad había aprendido el idioma de los conquistadores.

Con frecuencia bajaba á la capital desde los riscos y peñascos del cerro del Tepeyac, que los españoles llamaban de Tepeaquilla.

Pero su residencia habitual la tenía en el cerro, en el templo subterráneo de Toci.

En un principio continuó acogiendo en la espaciosa gruta á muchos de los antiguos jefes indios, pero poco á

poco fué haciéndoles salir de ella, enviándolos á muy distintos lugares con especiosas comisiones.

Sólo conservó á su lado á Tezomotli, á algunas mujeres de la familia imperial de Moctezuma y á una docena de indios fuertes y afectos á su persona.

Empleó estos indios en un trabajo que duró algún tiempo y que él mismo dirigió.

Este trabajo fué el de abrir una nueva entrada á la gruta y borrar por completo las señales de la antigua.

Para ello amontonó peñascos en la entrada primitiva, llenando los intersticios de tierra y arraigando en ellos las raquífticas plantas que se producían en aquel inculto cerro.

La nueva entrada la abrió en el lado opuesto á la antigua y mucho más baja, de modo que tuvo que construir una especie de cañón ó pozo vertical, cuya boca superior fué á dar casi al pié del altar del repugnante idolo de la diosa.

El ascenso y descenso tenía que hacerse por una escala de cuerda, y las escasas luz y ventilación, se recibían por dos especie de reducidas troneras practicadas en las peñas.

Con estas precauciones, la gruta era punto menos que inabordable en caso de un ataque.

Cuando hubo terminado aquella ciclópea construcción, los doce infelices que en ella le ayudaron, fueron muertos en una misma noche, por mano del cruel sacerdote azteca.

Sólo Tezomotli conocía el secreto de la gruta y podía salir y entrar en ella.

Las cuatro mujeres que en la gruta moraban, vivían en ella casi en condición de esclavas y prisioneras.

Tales medidas tenían por objeto, no sólo la propia seguridad del sacerdote, sino la de los ricos tesoros depositados en sus manos por Cuauhtemoc.

Ixtaolzin no era, no obstante, un avaro.

Continuaba viendo el oro y las piedras y objetos preciosos, con el mismo desdén que los había visto siempre.

Guardaba en efecto aquellas riquezas, pero sólo para emplearlas en procurar el triunfo de su patria.

Ixtaolzin la veía vencida y maltratada, pero no muerta. Se había propuesto no creer en la imposibilidad de la reconquista.

Con frecuencia se decía á sí mismo:

—Muchos han matado estos pérfidos y supuestos hijos de Quetzalcóatl, pero muchos somos aún, y ellos no aumentarán gran cosa.

Llegado el caso, podríamos servirnos de sus propias armas, que son ciertamente muy superiores á las nuestras.

Desde la primera vez que Ixtaolzin pensó así, se dedicó á conseguir armas españolas y pólvora.

Por medio de hábiles agentes, compró espadas y armas de fuego, y aprendió á fabricar pólvora por sí mismo.

De ella llegó á reunir una gran cantidad.

En último caso, si aquí fuese descubierto y atacado, podría con este infernal producto, volar á mis enemigos y sepultar estos codiciados tesoros, santificados con el heroico sufrimiento de Cuauhtemoc.

Pero ¡ay de la patria! me faltan hombres animados del mismo amor que yo le tengo!

Todos se han doblegado al peso del nuevo yugo.

¡Malhayan Moctezuma y todos sus antecesores, que enseñaron á sus pueblos á ser esclavos!

Pero ya los despertará de su vergonzoso sueño la tiranía de los españoles.

¡Jamás creí que la codicia oprimiese tanto!

Para ellos una arena de oro vale más que la vida de cien hombres.

Pero ellos despertarán á mis indios.

En otros tiempos se les vejaba y oprimía tanto como hoy, pero cuando se les sacrificaba, se hacía en las aras de nuestros dioses, nunca en las de un amo insolente.

Las víctimas eran tratadas antes del sacrificio como los dioses mismos, y hoy las tratan los encomenderos como á bestias miserables.

Espero que esto llegará á irritarles.

Sólo á unos de esos hombres debo temer.

A esos mendigos que llaman frailes.

¡Extraños hombres son por cierto!

Parecen y son unos pordioseros, y no obstante, nada piden para sí, nada solicitan y lo que de su miserable alimento les sobra, en vez de guardarlo para el siguiente día, lo dan á cualquiera que ven necesitado.

Les he oído predicar su religión y cuentan que su Dios hacía otro tanto que ellos.

Dicen que sólo por su bondad se le distinguía del común del populacho.

Que buscaba sus discípulos entre las más humildes clases y que á los ricos los juzgaba casi imposibilitados de entrar en su reino.

Jamás he visto un arma en manos de esos frailes.

Los insultan y escarnecen los mismos españoles, porque defienden á los indios, y con palabras de mansedumbre responden á sus atroces injurias.

O esos frailes no tienen conciencia del poder de su

Dios, y no recurren á él para castigar á sus enemigos, ó su Dios no se ocupa de ellos.

No obstante, su Dios tiene un gran poder, no puedo negarlo.

Ese poder está en las palabras persuasivas de esos frailes, y en la sencillez y caridad de sus doctrinas.

Confundido yo con el vulgo de sus nuevos adeptos no he podido resistir al encanto de su palabra humilde y florida, y he llorado.

¿Llorado? ¿debo decirlo?

Sí, ¿por qué no? He llorado; no debo negarlo.

Este poder nunca le hemos tenido los sacerdotes aztecas.

Conozco bien todos los secretos del ritual de nuestro culto.

Entre ellos nunca ha estado el que enseña á hacer llorar de ternura y emoción.

Ni los sacerdotes que me han precedido, ni yo tampoco, hemos llegado nunca á más que inflamar en las hogueras del odio el ánimo de nuestros oyentes.

Después de uno de nuestros discursos, el auditorio prorumpía en voces de muerte y guerra.

Las pláticas de esos misioneros, concluyen con las de amor y caridad.

Ellos saben hacer hermanos.

Nosotros sólo sabíamos hacer enemigos.

Pero esto mismo ¿no está indicando su debilidad y la de su Dios?

No; no es esa la verdadera religión como ellos dicen.

Un Dios que en el momento en que injustamente se le sacrifica, no sólo no confunde á sus enemigos, sino que les perdona y disculpa, es un Dios sin poder y sin energía.

No es ese Dios quien puede vencer á nuestro Huitzlopochtli, al cual los españoles llaman con burla Huichilobos.

El verdadero dios no es el que hace siervos, sino el que hace guerreros.

Esto es lo que nosotros necesitamos.

Pero ¡ay de mí! ¿acaso los españoles con todo y su Dios manso y humilde no son en la guerra rayo que mata, tempestad que confunde y ensordece?

¿No hemos sido arrollados por ellos después de haberlos visto prosternarse humildes y contritos ante las blancas imágenes de esas vírgenes de dulce y apacible rostro que ellos adoran?

Conflicto tremendo, del cual no acierto á salir.

¿Dónde está el Dios que pueda llamarse verdadero?

En la soledad y aislamiento de esta gruta he interrogado á los míos y en vano he aguardado su respuesta.

—¡Por vosotros,—les he dicho,—por vosotros, hablad!

Y nada; completo mutismo.

He allí la figura de Huitzlopochtli; he allí la de Tezcatlipoca; he allí la de Toci.

Acogidas por mí en esta ignorada gruta, en torno de ellas, á sus plantas y sobré su cabeza he aglomerado los peñascos de este cerro para defenderlas de sacrilegas profanaciones, y para que no vean extenderse el imperio del Dios enemigo, y ni por gratitud hácia mí, abren sus labios para dar salida á la palabra solicitada.

Hélos allí.

Clavo en sus inmóviles ojos los míos inflamados de rencor, y todos ellos permanecen impassibles!

¡Hablad! ¡hablad! ó yo juro lanzaros de este recinto para que vayáis á servir como otras de vuestras imágenes

y los demas dioses, de cimiento á las columnas del mezcquino templo de los españoles.

¡Respondedme! lo exige la patria moribunda, y yo á quien hicisteis vuestro sacerdote, ¡os lo mando! ¡responded! ¿cuál es el verdadero Dios?

—¡Jesucristo!—exclamó en aquel mismo instante una voz con acento de espanto y dolor, á la vez que un bulto cayendo pesadamente, interceptó el único rayo de luz que en la gruta penetraba por una de las troneras que fa ilitaban la ventilación.

—¡Jesucristo!—repitió con terrible expresión de odio el sacerdote azteca; ¡mentira! ¡Jesucristo es el Dios de los españoles!

## Capítulo IV

## Milagro

**A**L pronunciar la exclamación con que el precedente capítulo concluye, Ixtaolzín elevó su enconosa mirada hasta el rostro de los ídolos que levantábase en el altar de la gruta.

Obra de un cincel bien distinto del de los artistas griegos, los rostros de Huitzolopochtli, Tezcatlipoca y Toci no correspondieron á la violenta situación del ánimo del sacerdote.

Aquellas caras achatadas y deformes les convertían en una especie de monstruos, inferiores en belleza al hombre mismo que los adoraba.

Por primera vez en su vida y en dilatado ejercicio de su sacerdocio, Ixtaolzín vió á sus ídolos como tales ídolos y no como dioses.

El nombre de *Jesucristo* pronunciado por la casualidad en solemne momento de justificada duda le hizo acordarse de las imágenes cristianas.

¡Cuán distinto sentimiento inspiraba su vista!

La más imponente de todas, la del Crucifijo, no podía inspirar repulsión de ninguna especie.

Ya inclinando su frente después de la espiración, ya alzándola en la agonía hacia el cielo que le había abandonado, el rostro de la imagen sólo inspiraba respeto y piedad, como conviene al hombre Dios que murió para salvar al género humano.

Extraño Dios para Ixtaolzín el Dios cristiano.

Sus sacerdotes tenían las manos limpias de sangre.

El único sacrificio que en sus templos se hacía era un sacrificio simbólico.

Una hostia limpia y blanca.

Y aquella hostia representaba al mismo Dios.

Esto es, sacrificaban al Dios el cuerpo del mismo Dios.

Y así redimían los pecados de los hombres.

Hé aquí lo que no acertaba á explicarse.

¿Cómo había de explicárselo él, cuyo cuchillo de obsidiana había perfeccionado su filo abriendo el pecho de víctimas innumerables?

¿Para qué guardaba á los hombres el Dios cristiano si no le servían para serle sacrificados?

—Tan perfecto se cree ese Dios,—se decía Ixtaolzín,—que no juzga á ningún sér viviente digno de serle sacrificado?

¿Sólo él es digno de él?

En vano procuró darse respuesta á sus dudas y primero que perder en resolverlas su razón, procuró des-echarlas, y buscando la causa natural que había llevado á sus oídos el nombre de Jesucristo, puso sus piés en la escala de cuerda y salió de la gruta.

Tuvo que hacer un largo rodeo para llegar al paraje

donde se abría la tronera por donde la voz había penetrado.

Cuando en él estuvo y tendió su vista, una exclamación, en un todo inexplicable, se escapó de sus labios.

El cuerpo de un hombre vestido de azul estaba á sus piés.

Era un sacerdote enemigo: un fraile franciscano.

La violencia del golpe que sin duda habia recibido tenía le privado de conocimiento.

Se acercó á él y notó que su rostro estaba bañado en sangre que salía de una herida de su frente.

Ixtaolzín sonrió diabólicamente y sacando un cuchillo de obsidiana le levantó sobre el pecho de la víctima.

Pero cambiando de súbito de expresión y de intenciones arrojó lejos de sí el cuchillo á larga distancia.

Después anduvo algunos pasos, cortó unas hierbas de grueso y jugoso tallo y reunió, examinándolas, antes, unas hojas.

Vuelto de nuevo al lado del franciscano lavó con el jugo de los tallos la herida y en ella introdujo las hojas después de haberlas mascado.

La sangre cesó de salir desde el primer momento.

Ixtaolzín sonrió satisfecho y rasgando una tira del lienzo que le servía de túnica vendó cuidadosamente la frente del sacerdote enemigo.

Hecho esto y como la noche con gigantes pasos se viñiese encima, tomó en sus hombros al herido y saltando como un ciervo de peñasco en peñasco, bajó al cerro y después de una larga caminata entró en la ciudad, llegó al convento de San Francisco, llamó á su puerta y entró siempre con su carga y sin dar ni la más leve señal de fatiga.

Su presencia en el convento fué saludada con las más grandes aclamaciones de júbilo.

Los frailes, los niños de las escuelas que ellos dirigían, y los indios hombres y mujeres que invadían el templo salieron de él y rodearon á Ixtaolzín, dando voces de alegría y repitiendo acciones de gracias al Sér Supremo.

Entonces supo que el fraile á quien habia salvado era nada menos que el Padre custodio Fray Martín de Valencia.

Ixtaolzín, á quien nadie conocía tuvo que referir cómo y dónde habia hallado al fraile.

El sacerdote de Toci dijo en respuesta pocas, muy pocas verdades.

No ocultó el lugar del encuentro, porque Fray Martín habia de volver en sí y decirlo.

Contó que pasando por el cerro del Tepeyac, por casualidad, distinguió el hábito azul del fraile, y viéndole herido le socorrió y condujo al convento.

Fray Martín, que poco á poco habia vuelto en sí, y oído casi toda la relación de Ixtaolzín, dijo:

—No, hijo mío; no fué la casualidad quien allí te condujo sino la Santísima Virgen María y su Divino Hijo Jesucristo, cuyo santo nombre invoqué en el instante de mi caída.

—Es cierto, bien lo oí,—observó Ixtaolzín al acudir á su memoria su solitaria escena de la gruta.

—Lo oiste tú, hijo mío:—preguntó Fray Martín;—¿no habías dicho que cuando por casualidad me hallaste yo me encontraba privado de conocimiento y habia perdido mucha sangre?

—Sí,—contestó Ixtaolzín casi sin saber lo que respondía.

—¿Cómo entonces me oíste pronunciar el nombre de Jesucristo?

—¡No lo sé!—respondió confundido el interpelado.

Y la multitud que esto escuchó, cediendo á un impulso de su misticismo gritó, con delirante entusiasmo:

—¡Milagro! ¡milagro! El Señor ha obrado un milagro.

Ixtaolzín miró con extraordinario asombro á la multitud.

—Sí, hijos míos,—repuso Fray Martín,—el Señor me ha probado una vez más su bondad é infinita misericordia, porque por él os afirmo que en el momento en que yo me ví caer ningún hombre, ni aun éste, había en el cerro de Tepeaquilla. ¿Acaso, hijo mío, me viste tú antes de hallarme caído?

—¡No!—contestó Ixtaolzín con violencia tal como si al decir la verdad lo hiciese contra su propia voluntad y cediendo no sin resistencia á una fuerza superior.

Pero nadie lo notó, porque apenas el *no* fué pronunciado, las voces de *¡milagro! ¡milagro!* se repitieron y todos se acercaron á Ixtaolzín para tocar sus vestiduras y besárselas.

Tan grande era el cariño que había logrado ganarse el Padre Custodio!

En tan buena opinión de Santo se le tenía que sólo por haber intervenido en su salvación, Ixtaolzín fué considerado digno de la veneración general.

—¿Cuál es tu nombre,—le preguntaron,—y dónde está tu casa?

El sacerdote de Toci, contestó sin vacilar.

—Mi nombre es Tlapantli, mi casa está en Cuautitlán.

—¿Eres cristiano?

Esta pregunta le puso en grave aprieto, pues en el primer instante temió á la multitud, pero al fin, desechando todo miedo, contestó con voz firme y segura:

—¡No lo soy!

—¿Quieres serlo?—preguntaron aquellos sus implacables admiradores.

El fingido Tlapantli sintió que sus ojos se inyectaban de sangre, puesta en agitación por la cólera, y sus dientes chocaron en fuerte castañeteo con mal reprimida ira.

Fray Martín, que tenía sus ojos clavados en el interpelado, adivinó, vió lo que por él pasaba, y con plácido ademán y con persuasiva voz se dirigió á los circunstantes diciéndoles:

—Dejad en paz á Tlapantli y retiraos; necesito hablar con él.

La orden fué inmediatamente obedecida.

Fray Martín y el sacerdote de Toci quedaron enteramente solos en la celda del primero

Ixtaolzín permaneció en pié con los brazos cruzados sobre el pecho y mirando la puerta por la que la gente había salido.

Fray Martín continuó sentado en su amplio sillón de cuero, sin apartar su vista del indio y sonriendo beatíficamente, si así se nos permite decirlo.

Esta muda escena se prolongó un largo espacio de tiempo.

Ixtaolzín no depuso su colérica actitud y al fin se escaparon de sus labios estas palabras:

—¿Quién me trajo aquí!

Fray Martín con dulcísima voz dijo á su vez:

—¿Tanto te pesa haber venido?



—¿No lo sé!  
 —¿No lo sabes y no estás aquí a la fuerza?  
 —¿Qué me quieres decir?  
 —Que tú no eres un indio como la generalidad de los indios.

—¿En qué lo has conocido?—preguntó vendiéndose Ixtaolzín.

—En que has fingido tu nombre y tu patria.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¡Tú!

—¿Yo? ¿cuando?

—Cuando dijiste llamarte Tlapantli y tener tu casa en Cuautitlán. ¿Te atreverías á repetirlo?

—¿Sacerdote de Cristo!—repuso Ixtaolzín con enfado y energía:—te he salvado la vida ¿quieres dejarme marchar?

—¿Sin hacer algo por tu alma?

—¿Quieres ó no quieres, sacerdote de Cristo?

—¡Sí quiero!—contestó Fray Martín con la misma amabilidad con que hasta entonces había hablado:—tuya es la puerta y..... gracias, hijo mío, por el servicio que me has prestado.

—Nada tienes que agradecerme: estoy pagado con haberte conocido.

—Ve, pues con Dios, hijo mío; pero..... ¿no volveré á verte?

Ixtaolzín que pasaba ya el dintel de la puerta de la celda, se detuvo en él y contestó:

—Sí: necesito hablar contigo; pero ahora..... déjame partir.

Ixtaolzín salió y Fray Martín, dejándose caer de rodillas ante un crucifijo, exclamó:

—¿Déjame convertirle, Señor, es un sacerdote azteca!

## Capítulo V

### Las dudas de Ixtaolzín

**I**XTAOLZÍN volvió en extremo preocupado á su gruta de Tepeyac.

Ni dirigió siquiera una palabra á las pobres mujeres que habíale tendido la escala de cuerda al escuchar la señal para ello convenida.

Ni contestó á las preguntas que le hicieron, tratando de inquirir la causa de la dilación de su regreso.

Sólo en casos muy raros dejaba el sacerdote de encerrarse en la gruta después de puesto el sol.

Ixtaolzín pidió que le dejaran solo.

Tomó un asiento de caña y con la frente entre las manos permaneció largo rato abismado en sus propios pensamientos, al lado del altar de sus dioses.

Su preocupación era tan grande, que no se cuidó de poner fuego á las rajás de ocote preparadas en una especie de brasero de barro cocido, colocado cerca del ara.

De pronto un ténue rayo de luna penetró por la tro-